

Luis Aragón González

Reseña de "Desde aquella oscuridad. Edhasa" de Gitt a Sereny y "Yo, comandante de Auschwitz" de Rudolf Höss

Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, vol. 30, núm. 106, junio, 2010, pp. 342-346,
Asociación Española de Neuropsiquiatría
España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=265019648015>

REVISTA
de la Asociación Española de Neuropsiquiatría

*Revista de la Asociación Española de
Neuropsiquiatría,*
ISSN (Versión impresa): 0211-5735
aen@aen.es
Asociación Española de Neuropsiquiatría
España

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

en un momento determinado estalla. Pero ver el pasado desde esa perspectiva resulta anacrónico, no se corresponde, subraya, con la mirada de los griegos clásicos.

Por otra parte, Padel recuerda cómo la influencia de Saturno se remonta a los árabes del siglo IX, que relacionaron los astros con los humores. En las traducciones europeas de sus textos pasó Saturno a ser el planeta frío y seco, negro y áspero por antonomasia. Y así desde el siglo XII la negrura interior estaba muy condicionada por los influjos astrales; la medicina se teñía de «astrología». Desde entonces el arte de controlar los astros, el dominio astral, obsesiona, y tendrá mucho peso hasta el siglo XVI, siglo a la vez racionalista, personalista y supersticioso.

Con el cristianismo la idea de alienación cobró una energía nueva, y desde la baja Edad Media alejarse del mundo fue una tentación que proporcionaba beneficios espirituales. Por otro lado, Ficino relanzó con gran fuerza, en la frontera con el siglo XVI, el arquetipo del genio asociado a la melancolía (al releer el famoso Problema XXX, pseudo-aristotélico). Nacía la grandeza del hombre triste, pues la identificación con Saturno fue una idea renacentista tardía que se impuso con su notable individualismo. Pero, a la par -en ese siglo de luchas religiosas-, era considerada por sectores doctrinales como una enfermedad, como una oscuridad del alma debida a los más dispares factores, por ejemplo el castigo divino, así que se refuerza la preocupación cristiana por la expiación y la redención. Los escritos sobre melancolía, de 1580 a 1630, señalan a menudo esa ambigüedad, junto con muchas otras, físicas o mentales, que este libro de Padel ha venido repasando bellamente.

Mauricio Jalón

GITTA SERENY. *Desde aquella oscuridad*. Edhasa, 2009, 576 pp.

Rudolf Höss. *Yo, comandante de Auschwitz*. Ediciones B, 2009, 293 pp.

Primo Levi, en el apéndice que cierra *Si esto es un hombre*, escribe que para acercarse al proceso de exterminio organizado por los nazis hay que dejar de considerar a sus responsables como monstruos para descubrir en ellos «gente normal». Entre aquellos que cita se encuentra Eichmann, Stangl y Höss. El rechazo casi instintivo que aflora cuando alguien sugiere que tales individuos pudieran ser hombres corrientes, solventes funcionarios capaces de desarrollar su trabajo con una escrupulosidad sobresaliente, instruidos en el orden y en la eficacia, sometidos al principio de obediencia ciega, surge de que intuimos que sus criminales actos podrían ser cometidos por cualquiera siempre que las circunstancias lo propiciasen. Que sujetos en nada distintos a nosotros, a menudo módicos padres de familia, hubieran llevado a cabo el genocidio, sin mancharse sus manos de sangre, siguiendo el principio funcional de racionalidad, suscita inquietud y desasosiego. El recurso teórico de un oculto principio demoníaco al que algunos individuos habrían cedido es consecuencia de nuestra espontánea costumbre a excluir de la humanidad lo inhumano, olvidando que forma parte de nuestra esencia lo mejor y lo peor. Una vez que salta por los aires el frágil dique con el que querríamos distanciarnos de esos asesinos, para nada sádicos enloquecidos o sanguinarios irracionales, sólo cabe intentar comprender qué pudo llevarles a participar en la destrucción, primero simbólica y más tarde física, de millones de persona. Y todo ello sin dejar de ser hombres.

Abunda la literatura de los supervivientes. Disponemos de innumerables testimonios que nos relatan su experiencia. No tantos, en

cambio, de sus ejecutores. Para sumergirnos en sus motivaciones y arrojar un poco de luz acerca de su proceder, los textos de Stangl y de Höss presentan un valor modélico por tratarse de los máximos responsables de los centros de exterminio de Treblinka y de Auschwitz-Birkenau.

1. Gitta Sereny, periodista austriaca nacida en 1921 y estudiosa del Tercer Reich, autora de *El trauma alemán* y *Albert Speer, su batalla con la verdad*, entrevistó a Frank Stangl en la cárcel de Dusseldorf, donde cumplía su sentencia de cadena perpetua, durante 70 horas repartidas en dos sesiones en los meses de abril y de junio de 1971. Fruto de esas conversaciones nacería *Desde aquella oscuridad*. Un libro que no es una mera transcripción de las palabras del que fuera comandante de Treblinka ya que, al hilo de sus recuerdos, Sereny hace una reconstrucción meticulosa de la vida y período histórico del personaje, para lo cual se vale, además de una extensa bibliografía, de abundantes testimonios, entre los que destaca el de la mujer de Stangl, con el fin de desentrañar, como anota en el prefacio, «la personalidad de al menos una de las personas vinculadas íntimamente a ese Mal absoluto».

En el relato que Stangl hace de sí una especie de auto justificación se repite una y otra vez al confesar cómo la misma vorágine de los acontecimientos, más allá de su voluntad, le habría impedido salirse del dispositivo infernal en que se hallaba instalado. Este mecanismo de defensa le permitiría envolver su actuación de un halo de fatalidad y así exonerarse de cualquier imputabilidad moral. En el momento en que la culpa podría asomarse a su conciencia, es acallada de inmediato, recurriendo al manoseado argumento de que era imposible en el marco político del nazismo oponerse al sistema sin con ello arriesgar la propia vida y la de sus familiares. Él sólo deseaba hacer bien su trabajo, primero en el

programa de eutanasia T4, encargándose de cometidos administrativos, y más tarde en Sobibor y Treblinka, donde se calcula que se asesinaron a más de setecientas mil personas. Lo único que contaba era responder a las expectativas puestas en él de un modo satisfactorio. Así, cuando se refiere a las personas que llegaban hacinadas en trenes de mercancías tras un indescriptible viaje, habla de ellas en términos de «cargamento» o de «masa inmensa». Las ha expulsado de la especie humana, no hay comunicación posible entre verdugos y víctimas, ningún sentimiento de piedad despunta en él. No puede permitirselo. Son como esas reses que contempló años después en Brasil y que le devolvieron violentamente a los tiempos en que fue comandante de Treblinka. Como animales destinados al matadero, así veía a los prisioneros enviados a la muerte. La deshumanización de las víctimas había empezado por la suya propia.

Para Stangl la única ética es la que deriva de su celo profesional. No escucha otro imperativo que el de la sumisión a la ley. Hay un episodio revelador que no debe ser interpretado como un ejercicio de cinismo por parte de Stangl. A la llegada de un convoy, un judío se dirige a él para presentar una queja contra un guardia lituano quien había incumplido la promesa de entregarle agua a cambio de su reloj. En ese momento, Stangl interrumpe la secuencia habitual de los hechos, la vida cotidiana del campo -recepción y gaseamiento- para iniciar, sin éxito, una pequeña investigación. Que en sus dominios alguien pueda extralimitarse ofende su insobornable conciencia pero no que al cabo de dos horas no hubiera rastro de los deportados. Sólo un insoportable hedor dulzón percibido a kilómetros y las cenizas tras la incineración. Su sensibilidad se detiene en los actos de indisciplina. El resto es cumplir una tarea.

De su narración, por otro lado, no se desprende que fuera un nazi fuertemente ideo-

logizado como fue el caso de su superior Globocnik. A lo más que llega es a cacarear la retórica oficial acerca de los judíos pero le falta el componente ideológico. En este sentido, de ser cierto que fue un nazi ilegal antes de la anexión de Austria por Alemania, lo que no queda documentado, ello habría respondido más bien a razones de utilidad que a un sólido compromiso político. Stangl, apodado 'Napoleón' por los prisioneros, que no hubiera pasado de agente de policía en su Austria natal -su formación original era la de maestro tejedor- encontró en el totalitarismo nazi una oportunidad excepcional para convertirse en alguien -aunque fuera en uno de los mayores criminales de la historia. Y en este aspecto quizás resida la clave de su comportamiento.

Otra cuestión importante del texto, y a la que la autora dedica un buen número de páginas, es el conocimiento que tuvo el Vaticano, y más concretamente el controvertido Pío XII, del genocidio de los judíos. La ocasión para su averiguación viene dada porque Stangl llegó a Damasco, antes de instalarse en Brasil donde sería detenido en 1967, desde Roma ayudado por el obispo Hudal. Después de revisar documentos, cartas e informes, Sereny concluye que el Papa estuvo enterado de la tragedia que asoló a los judíos. Prueba incontestable de ello fueron las sucesivas reuniones que mantuvo con el embajador polaco en la Santa Sede, Kazimierz Papée, quien, a sabiendas de la influencia que un pronunciamiento claro por parte del Papa tendría sobre los católicos, le rogó que emitiera una inequívoca condena pública del exterminio sufrido por el pueblo judío. No se produjo.

El domingo 27 de junio de 1971 tuvo lugar la última entrevista. Al día siguiente moría de un ataque al corazón. Fue en esa charla cuando Stangl se enfrentó a la gravedad de sus actos. Si hasta entonces toda su trayectoria vital la había supeditado a factores externos que adquirirían el valor de leyes inexorables,

quedando en su interior absuelto de toda responsabilidad, en ese instante el lenguaje de la falta logró abrirse paso: «Pero yo estuve allí [...] en realidad comparto la culpa». Su vida anterior recibía una nueva luz. Las tinieblas se iluminaban. Si durante años había tratado de convencerse de que las circunstancias anulaban su capacidad de decisión, esas palabras finales reflejaban una transformación personal en relación con el hombre que había sido. Fue en ese momento, al término de sus conversaciones, cuando lamentó no haber tenido el arrojo de morir.

2. A pesar de compartir Stangl y Höss el infausto destino de haber administrado dos de los campos de exterminio más brutales del período nazi, hay entre ellos notables diferencias. La primera y más evidente es que mientras que en el responsable de Treblinka el elemento doctrinal no es determinante, en el de Auschwitz-Birkenau nos encontramos con el prototipo de nazi imbuido de las ideas nacionalsocialistas. Todo su universo mental gira en torno a la cosmovisión nazi. Su ser exuda ideología racista. Por ello, cuando está preso en Cracovia y sabe que su suerte está echada, no reniega de aquellos ideales que le habían mantenido vivo y a los que devotamente se había adherido -en 1922 se unió al Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista. Lo que lamenta es el accidente o la contingencia de haber tenido unos dirigentes huérfanos de la inteligencia suficiente para llevarlos a la práctica. Los principios no quedan impugnados, es su materialización la que ha fracasado -hasta que otros, se sobreentiende, lo puedan hacer mejor. Por eso, quien se acerque a estas páginas con la esperanza de hallar un gesto de arrepentimiento en el protagonista, un atisbo de conciencia, que se abstenga de abrir el libro. Si Höss no se siente culpable es porque no concibe el crimen como una transgresión de la ley, eso sería demasiado vulgar. En su caso, como ocurre con Eichmann, el

crimen se ha convertido en norma. La ley se identifica ahora con la pulsión de muerte, es decir, con la pura y simple destrucción de individuos y 'razas' inferiores a los que se les niega su derecho a existir. Lo único que le preocupa es la imagen que la humanidad se forje de él. No quiere pasar a la historia como una bestia feroz. De ahí su insistencia en aclarar que no maltrató a ningún judío ni hacia ellos sintió odio. Eso hubiera sido demasiado personal. La estrategia del nazismo, y que Höss ha interiorizado hasta modelar su naturaleza, consiste en despersonalizar a las víctimas. Una vez que éstas han perdido todo su valor, el sentimiento, de compasión o de desprecio, desaparece. El lento camino hacia la aniquilación comenzó no con la entrada de los deportados en la cámara de gas sino mucho antes, en el momento en que pasaron a ser considerados insignificantes. Un abismo insalvable se abría entre amos y esclavos.

Höss es un personaje que provoca repulsión. Cuando no se circunscribe a narrar los episodios de los que tuvo conocimiento con mayor o menor exactitud -es imprescindible, por otro lado, seguir las notas finales para no dejarse engañar por sus mentiras- y se adentra en el terreno de la reflexión, sus palabras revelan la simpleza y torpeza de su pensamiento. Su absoluta mediocridad. Profiere sin el menor de los tapujos toda una retahíla de prejuicios que sacude al más distraído de los lectores. Preso de una incontinencia verbal reitera uno tras otro los estereotipos de la verborrea nazi aprendidos y recitados de memoria. Adornado su discurso con un estilo literario en ocasiones empalagoso, Höss exhibe su incapacidad para pensar de un modo autónomo. Así, por ejemplo, al referirse al pueblo gitano habla de sus «condiciones innatas» para el robo o, a propósito de los judíos, no vacila en señalar cómo el soborno es una especialidad suya. Cuando le llega el turno a los homosexuales, Höss

se recrea recordando las terapias a que los sometían con el fin de reconducir su naturaleza viciosa. Por otra parte, Höss, en su particular delirio, se presenta como salvador de las víctimas. Su redentor. Su misión en este mundo es poner fin a los sufrimientos de tantos seres desdichados. Algo de lo que le estarán *eternamente* agradecidos. Basten dos ejemplos: un príncipe rumano, homosexual y masturbador, fallece a causa de su desajuste sexual, nos dice, y no por las condiciones abyectas en que Höss le hizo trabajar. Cuando éste llama a su madre para informarle de su muerte, nos cuenta cómo se sintió aliviada por ella y por su hijo. En cuanto al *Sonderkommando*, comando especial compuesto por judíos que trabajaba en los hornos crematorios, recibe de Höss el juicio más severo. Son, a sus ojos, la prueba clara de la inmundicia que representan los judíos responsabilizándolos de la matanza de su propio pueblo.

Para Höss pensar es dejar que otros lo hagan por él. Seguir los dictados de la Ley, de la Patria, del Partido o de Himmler es el aire que llena sus pulmones. Desprovisto de ese discurso prestado se ahogaría en su oquedad. Es comprensible la decepción que le causaron las palabras de despedida del *Reichsführer* cuando en el ocaso de la guerra conminó a sus colaboradores a «mezclarse entre la Wehrmacht». Este respeto sacrosanto de la ley no era nuevo para él. Le persiguió a lo largo de su vida. Hizo del mismo la norma de su actuación. La autoridad siempre la estimó una máxima incuestionable. Las personas que más le influyeron fueron aquellas que encarnaron los valores de obediencia y de respeto. Para empezar, su padre, militar frustrado, que le inculcó una educación religiosa basada en el cumplimiento inviolable de los preceptos sagrados. Cuando, más tarde, lo trasladan al campo de concentración de Sachsenhausen,

después de pasar por Dachau, encontró en su comandante un ejemplo de sentido del deber. Era duro e inflexible.

Su vocación castrense, contra la voluntad paterna de tomar los hábitos, le llevó a alistarse en el ejército alemán y a participar en la Gran Guerra. A su término, formó parte de los *Freikops* -cuerpo de voluntarios en su mayoría antiguos soldados, que se encargaba de la vigilancia de las fronteras y que fue caldo de cultivo de hitlerianos. En 1923 es detenido por asesinato y condenado a diez años de trabajos forzados de los cuales cumplirá seis. A su salida, decide integrarse en la comunidad agrícola de los Artamanen. Esta vuelta a la vida campestre, al encuentro de la arcadia alemana, es uno de los rasgos específicos del nazismo. En esta filosofía convive el elemento burocrático y tecnológico, característico de la modernidad, sin el cual el genocidio hubiera sido irrealizable, con la obsesión romántica por fusionarse con la naturaleza que, en otro plano, se traducirá en la defensa de la 'sangre' como base de su 'teoría racial'. De mayo de 1940 a noviembre de 1943, será nombrado por Himmler comandante de Auschwitz. Es ahora cuando Höss se hará un hueco en la historia como organizador del asesinato de más de un millón de personas. Su carácter pétreo y su gran capacidad de trabajo serán los dos pilares que sostengan su gestión. No fue fácil su tarea desde una perspectiva técnica. En el momento en que Himmler en 1941 dio la orden de masacrar a los judíos -es muy posible que la fecha fuese posterior-, se idearon diversos métodos hasta que se impuso en Auschwitz el empleo del gas *Zyklon B*, experimentado al principio con prisioneros rusos con éxito. En este sentido, son realmente instructivas estas memorias. Como testigo excepcional hace un repaso detallado del proceso de liquidación de los judíos: tras la llegada del tren e inmediata, en el mejor de los casos, selección por parte de los

médicos, los miembros del *Sonderkommando*, "aquellos desdichados" les llamará Levi en *Los hundidos y los salvados*, acompañaban a las víctimas hasta la cámara de gas para su posterior incineración en los crematorios, cuando no en grandes hogueras.

Yo, comandante de Auschwitz -el título dice mucho de la personalidad engreída del sujeto- lleva un estudio inicial firmado por Primo Levi. Al final del mismo, señala que entre las razones para editar este libro está conocer las consecuencias desastrosas que las ideologías radicales pueden operar en las personas. El recorrido de Höss es, en este punto, ilustrativo. Su historia es el vivo ejemplo de cómo la aceptación incondicional del Deber y de la Ley acaba destruyendo las bases morales.

Luis Aragón González

NATALIA GINZBURG. *Serena Cruz o la verdadera justicia*. Acatilado, 2010, 152 pp.

Este librito es una serie de notas polémicas, eco del trabajo de Natalia Ginzburg en el Parlamento italiano hasta 1990, un año antes de su muerte. Aún son vigentes, pues, como poco, el asunto es ampliable a otro tipo de intervenciones judiciales en el ámbito familiar-sanitario que surgen cotidianamente.

Serena Cruz era la niña filipina, procedente de un orfanato de su país, cuya adopción por una familia italiana fue interrumpida judicialmente, con enorme polémica en la prensa, hacia 1989. La niña estaba bien integrada en el nuevo medio de acogida, pero había habido cierta ilegalidad en su traslado a Italia por parte del nuevo padre. En consecuencia, la niña fue recogida o recluida, en secreto, en una institución italiana: era otro horrible orfanato, según denuncia la autora.